

REFLEXIONES SOBRE LA DESESTRUCTURACIÓN DEL CASERÍO VASCO

Eugenio Ruiz Urrestarazu y Rosario Galdos Urrutia

Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología

Universidad del País Vasco

RESUMEN

La liberalización de la economía de mercado, apoyada por las políticas de las administraciones europeas, y la expansión física, económica y social de la urbanización tienen como efecto la desaparición de la explotación agraria característica de la vertiente atlántica del País Vasco: el caserío. La competitividad y la productividad a bajo coste que exige la modernización agraria choca con su reducida base territorial, la escasez de mano de obra y la insuficiencia de inversiones. Un factor determinante de esta deserción lo constituye el entorno social. La inadecuada base territorial de las explotaciones supone otro déficit estructural insalvable. Este hambre de suelo da lugar a una fuerte competencia por su apropiación en la que los intereses agrarios son los más débiles. Por otro lado, la desaparición de la institución del heredero único conduce a la división irreversible de las haciendas. La permanencia de la explotación depende en definitiva del tipo de familia. En esta decisión el elemento clave gira en torno a la existencia o no de un sucesor.

Palabras clave: Reestructuración rural, caserío vasco.

ABSTRACT

The liberalization of the market economy, supported by the policies of the European administrations and the physical, economic and social expansion of urbanization are bringing about the disappearance of the typical agricultural holdings which have been characteristic of the Basque Country along the Atlantic fringe: the farmsteads known as caserios. The competitiveness and low-priced production demanded by the modernization of agriculture clashes with the reduced size of these holdings, the scarcity of workhands and the lack of investment. A crucial factor in the desertion is the social environment. The inadequacies of size in these rural holdings constitutes yet another insurmountable structural deficit. This hunger for land leads in turn to a pronounced competitiveness in its acquisition, a competitiveness in which agricultural interests turn out to be the weakest. On the other hand, the disappearance of the institution of a unique heir has led to their irreversible fragmentation. The permanence of holdings depends in the final analysis on

the kind of family. In this decision the key element hinges on the existence or not of a successor.

Key words: Rural restructuring, basque farmstead.

RÉSUMÉ:

La libéralisation de l'économie de marché, sanctionnée par les politiques des administrations européennes, et l'expansion physique, économique et sociale de l'aménagement, ont provoqué la disparition de l'exploitation agricole typique du versant atlantique du Pays Basque: la ferme. La compétitivité et la productivité bon marché qu'exige la modernisation rurale heurte la base territoriale réduite, le manque de main d'oeuvre et l'insuffisance des investissements. Un facteur déterminant de cette désertion est constitué par l'environnement social. La base territoriale inadéquate des exploitations suppose un autre déficit structural insurmontable. Cette faim de sol provoque un ressort important pour en obtenir la propriété, un ressort où les intérêts ruraux sont les plus faibles. D'autre part, la disparition de l'institution de l'héritier unique implique la division irréversible des propriétés. L'avenir de l'exploitation relève donc de chaque famille. Et pour cette décision l'élément clé tourne autour de l'existence ou non d'un héritier.

Mots clé: refonte rurale, ferme basque.

1. Introducción: la especificidad del caserío

Con el término castellano *caserío* (en lengua vasca, *baserri*) se designa a la vivienda rural diseminada y, a la vez, a la explotación agraria característica de la mayor parte de la vertiente atlántica del País Vasco. En este ámbito se incluyen las provincias de Bizkaia (a excepción de la comarca más occidental de las Encartaciones), Gipuzkoa y los valles atlánticos de Álava en la Comunidad Autónoma del País Vasco; la porción noroeste de la Comunidad Foral de Navarra y los tres territorios del País Vasco-Francés. Aquí nos referiremos al caserío de la C. A. del País Vasco, puesto que el diferente contexto socioeconómico y jurídico-político ha provocado una evolución independiente a ambos lados de la frontera.

Los caracteres tradicionales propios de esta explotación se resumen en la presencia de una casa bloque, que cumple las funciones de vivienda y de servicio a la explotación agraria por medio de la cuadra y los almacenes de heno, frutos, etc., rodeada de los terrenos de distinta utilización que constituyen el territorio productivo. Dentro de ellos la parte más importante y también la más cercana a la vivienda es la heredad o zona cultivada. En la orla externa se asentaban los prados y, en su caso, los manzanales, dando paso al monte del que se extraía leña, madera y sobre todo, desde que se impone con la industrialización el caserío de vocación ganadera, los helechos que forman la cama del ganado y que una vez mezclados con las deyecciones de los animales proporcionarán el necesario fertilizante, imprescindible en estas tierras de suelos pobres y muy lixiviados. Este modelo de explotación, que precisaría numerosas matizaciones en el análisis de casos concretos y que hemos denominado tradicional, se corresponde con el caserío que surge con la industrialización, a partir del último tercio del siglo XIX (Léfèbvre, 1933) y se mantiene con diferentes variantes, como la muy importante incorporación del trabajo a tiempo parcial, hasta los años 60 ó 70 del siglo XX. En este sentido resulta importante señalar las distintas formas, estructuras o adaptaciones que el caserío ha debido adoptar a lo largo de su historia para

hacer frente a los condicionantes, siempre llegados del exterior del mundo agrario, que imponían las cambiantes estructuras socioeconómicas. Dicha evolución ha sido excelentemente compendiada en la tesis doctoral de Ainz Ibarrondo (2001), que sirve de ejemplo y reflexión acerca de la supuesta y falsa creencia en la permanencia y estabilidad de los sistemas agrarios.

Las claves de la última fase de adaptación aparecen ligadas, como en todas las áreas rurales europeas, a los mercados urbanos, las políticas agrarias y a la industria y comercialización de los productos agroalimentarios. Esto se ha traducido en el caserío en un reforzamiento de su carácter ganadero con una dedicación láctea todavía prioritaria, pero con una clara y creciente desviación hacia la producción cárnica. El año 1998 el porcentaje de vacas lecheras respecto al número total de vacas era solamente del 52,5%. La lectura sobre el territorio de esta función ganadera se corresponde con la invasión del praderío en los antiguos espacios de la heredad. La pérdida de las antiguas funciones del monte fue remontada hace ya décadas, en particular a partir de la segunda mitad del XX, con una utilización forestal rentable, al menos en términos comparativos y de esfuerzo laboral: las repoblaciones de coníferas de rápido crecimiento, en particular el pino insignis (*P. radiata*). De esta manera y de forma simplificada el paisaje del territorio agrario actual del caserío se caracteriza por una estructura en mosaico en la que alternan los verdes vivos de los prados con las tonalidades oscuras de los pinares. La modernización también ha afectado a la casa que en muchas ocasiones ha perdido su carácter mixto residencial-productivo a favor de una separación física entre la función de vivienda que se mantiene en la antigua edificación, las más de las veces profundamente renovada, y la productiva que se ha desplazado a otras construcciones anejas de carácter funcional. Este tipo de explotaciones son frecuentes en áreas de montaña atlánticas. Lo que ha dado personalidad diferenciada al caserío ha sido la conformación contigua en coto redondo de su espacio productivo.

Pero el caserío no se define por ser una unidad de producción agraria. Es, ha sido, bastante más que eso. Constituye una unidad o célula familiar y social: era y sigue siendo frecuente que a los familiares que viven en un caserío se les conozca por el nombre de éste más que por su propio apellido. De este doble carácter de unidad básica productiva y social deriva otro de sus rasgos definitorios cual es su indivisibilidad. Han existido normativas e instituciones que han velado por el mantenimiento, dentro de lo posible, de su unidad física y familiar a través de la libertad de transmisión testamentaria. Además de todo ello el caserío contiene una serie de valores simbólicos de gran trascendencia dentro de la cultura e incluso de la ideología de una parte al menos de la sociedad vasca. Frente a los congestionados valles atlánticos del País Vasco, saturados por la industria y las urbanizaciones, donde las incomodidades y carencias de la vida urbana se vuelven patentes, las laderas, esmaltadas de caseríos, se abren como oasis de estabilidad, de vida sana, sencilla y apacible, en definitiva con todos los rasgos que han caracterizado a las múltiples arcadías felices a las que han recurrido los hombres en muchos momentos de su historia. Por otro lado ha sido en estos ámbitos rurales donde se ha conservado el idioma vasco de una manera más viva y donde las tradiciones culturales de la época preindustrial han seguido cultivándose. Por ello la ideología nacionalista elevó el caserío al rango de institución emblemática, guardián de las raíces y las esencias del ser vasco, así como de su paisaje, en contraposición a la degeneración cultural provocada por una industrialización que había impulsado la llegada de numerosos inmigrantes de otras regiones españolas, junto con ideologías, como el socialismo y el laicismo, supuestamente ajenas, si no contrarias, a la idiosincrasia vasca. El poso de esta ideología permanece presente en nuestros días y explica la relación empática de una parte, más o menos considerable, de la sociedad vasca con el caserío. Buena porción de estas ideas no se ajusta a la realidad. Querer ver

un ambiente apacible y estable, de serenidad y dignidad, donde lo que reinaba era la pobreza y la acumulación de duro trabajo, que esto sí era lo que ha caracterizado al caserío durante siglos, es distorsionar la realidad: la imagen legendaria y el estereotipo dominan a la objetividad histórica.

Los procesos de cambio que ha sufrido este tipo de explotación agraria y la situación incierta que en la actualidad amenaza con el cierre de muchas de ellas no difiere gran cosa de la evolución general de las explotaciones que han experimentado el proceso de modernización, como es el caso de las áreas rurales europeas (Van der Ploeg and Renting, 2000). Pero aunque no estemos ante un caso que llame la atención por su excepcionalidad, dejando aparte los rasgos particulares como los que líneas arriba se han apuntado, resulta válido como muestra concreta y real de la complejidad de factores que intervienen en las decisiones que se adoptan en las explotaciones agrarias y por tanto en el futuro de las mismas (Bowler, 1999). Este análisis a escala micro y en profundidad permite superar ciertos marcos teóricos que a fuerza de simplificar el objeto de estudio terminan por distorsionar la realidad de modo que sólo abarcan una o unas facetas de la misma que puede que en muchos casos no sean ni siquiera las más importantes. En geografía la pérdida de una perspectiva global suele conducir a resultados poco satisfactorios. Como más adelante se verá, no siempre los factores ligados al comportamiento económico de los agentes decisorios, como la eficiencia económica de la empresa agraria, son los que tienen mayor trascendencia.

Cuando en este trabajo se menciona el fin del caserío no se quiere afirmar que las explotaciones agrarias de esta zona atlántica del País Vasco vayan a desaparecer. Más bien la idea que subyace y que se quiere enfatizar es la del final de un tipo de explotación que ha subsistido, con cambios trascendentales, como ya se ha indicado, pero manteniendo unos rasgos propios, a lo largo de varios siglos. Del caserío entendido en su sentido pleno derivarán fundamentalmente dos nuevas opciones que ya se encuentran en fase de manifiesta expansión: por una parte un escaso número de empresas agrarias modernizadas, de modesta base territorial pero muy intensivas, semejantes a otras explotaciones que apuestan por subsistir en otras regiones europeas, y por otra una cantidad creciente de «caseríos-vivienda» sin actividad agraria o reducida ésta a una agricultura de ocio o poco más. Todo ello dentro de un territorio rural plurifuncional y con alternativas muy diversas (Halfacree, 1999).

Otra de las hipótesis de partida ya comprobada en los trabajos que a continuación se citan consiste en sostener que no estamos ante una de las crisis cíclicas que han sacudido al caserío y lo forzaron a unas adaptaciones drásticas que permitiesen su pervivencia. El cambio actual supone más bien la desaparición del caserío a favor de esas dos opciones señaladas: el caserío-vivienda o la granja agro-ganadera gestionada bajo criterios capitalistas de mercado. Esta última versión es la que podría tener una semejanza mayor con lo que se ha venido entendiendo por caserío, pero le faltan una serie de caracteres básicos sociales, culturales y territoriales que componían el concepto de caserío.

El interés del tema se refleja en el hecho de que en los últimos años se han presentado cuatro tesis doctorales que desde diferentes enfoques se enfrentaban a la crisis del caserío y a su situación actual. En 1998 H. P. Van der Broek publicó su tesis, presentada en la Universidad de Wageningen, titulada «Labour, networks and lifestyles. Survival and succession strategies of farm households in the Basque Country». El mismo año aparece la de J. R. Mauleón, «Estrategias familiares y cambios productivos del caserío vasco», realizada en la Universidad del País Vasco. Ambas pertenecen al campo de la sociología. Al año siguiente M. J. Ainz (2001) defiende en la misma universidad del País Vasco su trabajo sobre «El caserío vasco: territorio para un país neointindustrial». Dos años más tarde, en 2001, esta

misma Universidad ve aparecer la tesis de J. C. Alberdi (2001), «De caserío agrícola a vivienda rural: proceso de abandono de la función agraria en el periurbano de San Sebastián». Estas dos tesis presentan un enfoque y una metodología geográficos. Se ha querido mencionar sus títulos porque resultan muy expresivos de la auténtica situación del caserío en estos años de cambio de siglo. Se habla en ellos de estrategias, cambios, supervivencia, sucesión, abandono, territorio para otras funciones, etc. Todas ellas son palabras clave para entender el proceso actual de estas explotaciones. En este trabajo se recogen muchas de las conclusiones que estos estudios citados han puesto de manifiesto.

Como ya se ha señalado y es de sobra conocido, la evolución de los sistemas agrarios, como todo sistema social, está sujeta a una serie compleja de factores que actúan de manera conjunta y se interfieren entre sí. Por ese motivo se insistía en la necesidad del análisis global que permita aprehender dicha complejidad. Aunque la inviabilidad del caserío, tal como lo hemos conocido hasta ahora, también obedece a un conjunto de factores interrelacionados, para una más fácil comprensión vamos a examinar algunos de los factores de mayor trascendencia de manera separativa.

2. La influencia del entorno

Bajo esta expresión se esconden una multiplicidad de subsistemas que ejercen su influjo sobre la explotación agraria y que poseen una gran capacidad explicativa de las decisiones que adoptan los agricultores. Por un lado está el omnipresente entorno económico. La liberalización de los mercados y la competitividad consiguiente han obligado a explotaciones más o menos tradicionales a adoptar la lógica económica del sistema dominante. Esto es, han debido embarcarse en la vía de la especialización y de la rentabilidad comparativa. En el caserío vasco esto supuso una apuesta por la ganadería de leche y por la intensificación de la producción, acompañada de un crecimiento espectacular de las inversiones de capital y tecnología. En las primeras fases de esta adaptación, años 60 y 70 del siglo XX, son numerosos los caseríos que abandonan su explotación e incluso la propia residencia pasando a formar parte del éxodo rural que fomenta la segunda industrialización. Otros caseríos deciden incorporarse a las nuevas exigencias del mercado. Este reto, sin embargo, se enfrentaba a carencias estructurales propias del caserío. El aumento deseado de la producción se veía frenado por la reducida base territorial de la explotación. Hay que tener en cuenta que un caserío tipo apenas alcanza las diez hectáreas de extensión, incluida la superficie forestal, de las que cuatro aproximadamente están dedicadas a la agricultura. Sobre este aspecto crucial se insistirá en el siguiente epígrafe. Por lo tanto la productividad había que conseguirla a través de las inversiones en capital y tecnología y por medio de la acumulación de trabajo. Pero esta demanda llega en un momento en que existen otras inversiones de carácter urbano que generan intereses más elevados y cuando los puestos de trabajo en otros sectores, también relacionados con la vida urbana, ofrecen mayores ingresos o, por lo menos, menor esfuerzo y dedicación.

Otra de las adaptaciones fue la de acogerse a la agricultura a tiempo parcial como forma de diversificar las rentas y aumentar los ingresos. La generalización de esta práctica de obreros-agricultores suscitó la alarma entre algunos científicos rurales que veían en ella el anuncio del abandono de la actividad agraria, tal como ya en el año 1977 pronosticó Etxezarreta. Tampoco la pluriactividad representaba ninguna novedad en el caserío, más bien suponía la continuidad de una larga tradición (Kinsella, J. et al., 2000). Durante el Antiguo Régimen la compatibilidad del trabajo agrícola con la corta y transporte de madera para los astilleros, el carboneo o la arriería ligada al transporte de vena y carbón a las numerosas herrerías era frecuente. Pero en las décadas más recientes la agricultura a

tiempo parcial no ha logrado conseguir la estabilidad del caserío, aunque ha sido capaz de evitar un proceso de desaparición más vertiginoso. Las investigaciones recientes (Mauleón, 1988; Ainz, 2001) insisten en la irreversibilidad del proceso: la agricultura a tiempo parcial supone la antesala del abandono.

La escasez de mano de obra ha impulsado a muchos ganaderos a reconvertir su producción pasando de la producción láctea, más exigente en horas de trabajo, a la cárnica, bien bovina u ovina. Esta evolución representa una forma de extensificación y un aprovechamiento más acorde con las exigencias medioambientales. Pero de nuevo topa con el techo impuesto por la escasez de espacio y la amortización de la tierra que impiden que esta nueva orientación cárnica sea capaz de generar los mismos ingresos al menos que creaba la anterior. Todo parece indicar que esta estrategia supone otro paso intermedio hacia el cese de la actividad.

En muchas explotaciones de la Unión Europea, y el caserío vasco no es una excepción, no basta con que se produzca una modernización de la empresa agraria, sino que además se requiere para llevar a cabo la propia modernización y para asegurar su viabilidad el apoyo de la política agraria, la cual se erige en otro factor determinante. La reforma de la P.A.C. de 1992 supone un giro estratégico en las políticas europeas desde un apoyo entusiasta a la modernización y competitividad de las empresas a un reconocimiento del modelo rural de la que sobresale el contenido medioambiental. Lo cierto es que tal declaración de intenciones, presente en casi todos los documentos europeos, queda prácticamente en eso, ya que las ayudas ofrecidas dentro de las organizaciones comunes de mercado superan con amplitud las que puedan suministrarse para fines de defensa ambiental, de protección de zonas desfavorecidas o de otro tipo que compensaran a las pequeñas explotaciones. Las administraciones vascas han actuado en el mismo sentido, como prueba la política láctea seguida que claramente ha fomentado y apoyado a las explotaciones que se consideraban viables frente a las marginales que se han visto obligadas a la desaparición. Sin entrar en mayores detalles, puesto que se trata de un proceso familiar en todas las regiones europeas, lo que en definitiva han conseguido estas políticas es apartar de la producción a numerosas explotaciones en favor de las mayores y más capacitadas para defenderse en un mercado internacionalizado. Este proceso ha sido singularmente acusado en zonas como el País Vasco que contaba con explotaciones pequeñas y con dificultades estructurales añadidas, relieve montañoso, fuertes pendientes e incomunicación.

Un último entorno de una trascendencia considerable es el social, entendido como los modos de vida y de relaciones que se establecen entre los habitantes del caserío y los del exterior. Durante el período anterior a la modernización del caserío el medio rural contaba con unos valores que colaboraban a dignificar la vida del agricultor jefe de la explotación. El hecho de heredar la hacienda familiar y dirigirla ya suponía una posición social de privilegio, mientras que los demás hermanos se veían en la necesidad de buscar algún trabajo asalariado, emigrar la más de las veces, ingresar en el seminario o acogerse a la tutela del hermano mayor en una posición subordinada dentro del caserío. A excepción de otras redes externas de relación más lejanas y esporádicas, la mayoría de los contactos se mantenían entre agricultores de los caseríos del entorno, es decir entre iguales, o con otras gentes del pueblo entre las que se poseía una consideración social. Para las mujeres no era en absoluto desechable el matrimonio con los futuros herederos, máxime cuando la mayoría provenían del mismo medio agrícola y desconocían otra forma de vida diferente. La industrialización trastoca este medio de vida. Los jóvenes que hoy viven en las granjas agrícolas gozan de un círculo de relaciones mucho más amplio. Sus contactos con el medio urbano son frecuentes, en la mayoría de los casos

predominantes. No hay que olvidar que este territorio posee una estructura territorial y de poblamiento de ciudad difusa o área urbana lineal casi continua, con los fondos de valle densamente urbanizados e industrializados. Su densidad supera los 250 habitantes por km² y más del 80% de la población reside en municipios de más de 10.000 habitantes. Las áreas rurales se encuentran entremezcladas con las urbanas y, desde que existen pistas asfaltadas a casi la totalidad de las granjas dispersas, la distancia-tiempo entre el caserío y los núcleos urbanos es muy reducida. El período de estudios se ha alargado notablemente y muchos años de esta fase escolar se realizan en centros educativos urbanos, con el consiguiente establecimiento de redes de comunicación y amistad. El tiempo de ocio y diversión también se polariza hacia los núcleos urbanos cabeceras de comarca. Pero no es necesario ya salir del pueblo para encontrarse con un modo de vida urbano. Las tendencias recientes de contraurbanización están dotando a muchos núcleos rurales de unos niveles de servicios y equipamientos y de puestos de trabajo ajenos al medio agrario que han convertido a la actividad agrícola en minoritaria y subordinada (el porcentaje de ocupados en el sector primario no llega al 2%). Su principal activo consiste en ser la detentadora del espacio, aspecto crucial del que enseguida se hablará. La revitalización de los pueblos y sus mejores dotaciones respecto del pasado influye en la decisión de mantener la residencia en ellos sin necesidad de emigrar a otros lugares. Pero esta permanencia no significa en absoluto que vaya unida a la práctica profesional de la agricultura. En esta ciudad difusa, formada por un rosario de microconurbanizaciones, los movimientos pendulares son constantes y el número de personas que se desplazan diariamente al lugar de trabajo numeroso.

En definitiva las pautas de referencia y los modos de vida y relación y la escala de valores de los hijos de los agricultores son netamente urbanos, cuestión a la que han colaborado sobremanera los medios de comunicación. En este punto llegamos al tema de la relación de sexos que tanto ha contribuido al abandono de la actividad agraria en regiones de montaña (Van der Plas and Fonte, 1994). Aunque la situación ha mejorado debido a que las condiciones de vida en las granjas es equiparable a las de las viviendas urbanas, el joven que decide continuar con el trabajo de la explotación familiar sabe que tiene muchas más posibilidades de quedarse soltero que sus compañeros que optan por otra profesión. Las mujeres urbanas difícilmente serán convencidas para abandonar la ciudad y fijar su residencia en el campo. Y si son rurales, en la mayoría de los casos tiene un trabajo de tipo urbano, en el propio pueblo o en la ciudad, o desea acceder a él. Como es sabido, el trabajo agrícola y más aún el ganadero ata a la tierra, por lo que el agricultor que se case cuenta con que su mujer no aportará su trabajo a las tareas agrarias, con lo que una de las bases del caserío, la acumulación de trabajo familiar, se resquebraja.

Por si todo lo anterior fuera poco, el trabajo agrario en sí mismo carece de atractivos para la mayor parte de los jóvenes. A pesar de las mejoras tecnológicas que ha propiciado la modernización, el trabajo del campo sigue siendo duro. Y lo que es peor, su horario lo hace muchas veces incompatible con el tiempo de ocio y de vacaciones del que gozan otros trabajadores de los demás sectores económicos. Este aspecto del tiempo de ocio se revela fundamental. Por otro lado la recompensa económica, salvo excepciones, tampoco es satisfactoria, ya que comparativamente hablando las rentas resultan escasas en función de la dedicación que se precisa. Y por último existe un aspecto psicológico nada despreciable: este tipo de trabajo obtiene un reconocimiento social muy bajo. La suma de esfuerzo laboral y bajos niveles de remuneración económica y posición social contribuye a que, aplicando las teorías de Chayanov, tal como lo ha hecho Van der Broek (1998), la insatisfacción en este trabajo se manifieste con frecuencia.

3. Estructura y base territorial

El dominio del caserío son los valles atlánticos del País Vasco. Se caracterizan por tener un relieve abrupto con fuertes desniveles y acusadas pendientes. Aunque las cumbres de sus montes son de reducida altitud, apenas se sobrepasan los 1.500 m. en las cotas más altas, siendo las altitudes más frecuentes entre los 400 y 1.000 m., estas comarcas de media montaña están profundamente excavadas por la red fluvial, ya que sus ríos adquieren una elevada capacidad erosiva por la cercanía entre su nacimiento y el nivel de base situado en el Golfo de Bizkaia. Al acusado desnivel que presenta su perfil longitudinal hay que añadir un clima abundante en precipitaciones. Como consecuencia dichos valles son estrechos, encajados y limitados por laderas muy inclinadas y de considerable desnivel.

Este panorama geomorfológico habla por sí solo de la deficiente potencialidad agraria de estas tierras. Son escasos los suelos con pendientes inferiores al 20% de desnivel (en concreto el 26,8 del territorio), por lo que la extensión de suelo mecanizable, la única aprovechable hoy día para la agricultura, es pequeña. Las mejores superficies para el cultivo, las vegas fluviales, son de reducida dimensión, alargadas y casi limitadas a las cuencas bajas de los ríos. El hambre de espacio es uno de los rasgos que, nacido de la escasez, definen a estos valles.

A su vez la evolución histórica, apoyada sobre este incómodo substrato, ha configurado unas explotaciones de dimensiones reducidas, tal como anteriormente se ha mencionado. La mayor parte de las mismas, además, ofrecen una vocación forestal, allí donde las pendientes imposibilitan otro tipo de aprovechamiento más racional. No es extraño que bajo estas condiciones la especialización impuesta por la modernización agraria se haya decantado por la ganadería y la explotación forestal.

El escaso suelo disponible se ve afectado por una enconada competencia cara a su apropiación, competencia en la que los intereses agrarios resultan perjudicados casi sin excepción a favor de otras utilidades de mayor rendimiento económico o demanda social. Los fondos de los valles y las laderas de menor pendiente, es decir las áreas de vocación agrícola, han sido tradicionalmente ocupados por el poblamiento, las vías de comunicación, la industria, los servicios y los equipamientos. La expansión urbana y la demanda de suelo por parte de las infraestructuras de comunicación de los últimos años ha agudizado notablemente el problema (Bontron, 1994). La planificación territorial, urbanística y sectorial, promociona los usos no agrarios, generadores de mayores plusvalías y empleo (Dahms and McComb, 1999). Ante esta presión poco pueden hacer los agricultores, minoritarios y sin poder real en las administraciones locales y regionales y con la idea presente en la cabeza de muchos de ellos de que su explotación no va a tener continuidad por falta de interés de los hijos por mantenerse en la actividad. Por otro lado la pérdida de buenos suelos por implantación de otras actividades económicas no puede ser suplida por el recurso al canje por otras tierras en otros lugares ya que tales tierras no existen. No es factible la sustitución de suelos de vega o de bajas laderas de pendiente suave por otras situadas en zonas más altas, de mayor pendiente y suelos poco fértiles. Por esta razón —existen muchas otras que también abogan por el mismo resultado— iniciativas del tipo de banco de tierras cuentan aquí con pocas posibilidades de éxito. La invasión de las tierras de vega por la urbanización y las infraestructuras de transporte acarrear consecuencias muy negativas para la agricultura, no sólo por la propia ocupación sino porque en ellas se asientan algunas de las explotaciones agrarias con un futuro más optimista: las que se dedican a la horticultura. Muchas de ellas, localizadas en ámbitos periurbanos, están gestionadas por empresarios jóvenes a tiempo completo que han decidido apostar por esa profesión. Como agricultores cuentan con casi todos los factores a su favor, buenos suelos, alta tecnología e

inversiones, mercados cercanos, círculos de distribución, elevado valor añadido, etc., pero sin embargo van a desaparecer.

El cese de la actividad agraria impulsada por la evolución económica provocó y sigue provocando el abandono de explotaciones o de parte de ellas. Lo que un modelo simplista nos dice sobre la posibilidad de ampliar la base territorial de las explotaciones que subsisten a costa del terreno de las que han sido abandonadas y convertirse así en más productivas y competitivas no es aplicable en el País Vasco atlántico. La razón estriba en que casi toda la tierra se encuentra amortizada, retenida, aunque no se utilice directamente. Y la causa de esta situación de inmovilidad del mercado de tierras se debe a la ilusión, unas veces realizada y otras no, de especular con ellas. La expansión de los tejidos urbanos ha disparado los precios del suelo en las áreas catalogadas como urbanizables. Pero no sólo en ellas, también los precios son inusitadamente elevados en otras áreas cuyos propietarios confían que algún día sean declaradas urbanizables o en cualquier caso creen poseer una inversión en la tierra que rinde mayores intereses que la propia venta. De este modo los propietarios o no venden o en caso de hacerlo sus tierras salen al mercado a unos precios muy lejanos por arriba de los que serían normales para un uso agrario y los agricultores no pueden comprarlas. Sin embargo sí existe un procedimiento que permite a los ganaderos que permanecen aumentar su base territorial, aunque en condiciones muy precarias. Es lo que en lengua vasca se conoce como *garbitze alde* o cesión de tierras para su limpieza.

Los agricultores que han cesado en su actividad agraria o la han disminuido se encuentran con un exceso de tierras que ya no explotan. En una zona ganadera como es esta tales tierras se dedican a la producción de hierba, puesto que las zonas de monte, en su mayoría repobladas, siguen cumpliendo su función. El peligro para esos prados infrautilizados es la invasión de malas hierbas, zarzas o argomas, la cual supondría una pérdida de valor de mercado considerable por el coste que llevaría aparejado un eventual descuaje futuro. Además del perjuicio económico, los propietarios desean por su formación profesional y la empatía con sus tierras que permanezcan bien cuidadas. Para ello se recurre a contratos orales, de carácter anual, con otros vecinos que mantienen la explotación y necesitan tierras para optimizarla. Tales contratos consisten en la cesión de la utilización de la hierba de los prados, la mayor parte de las veces de manera gratuita, con la finalidad de mantenerlos limpios. Estas modalidades contractuales ni se registran, ni suponen una solución a la escasez de tierras dada su precariedad. El ganadero que pasa a ocuparse de los prados del vecino no tiene ninguna seguridad de que el próximo año podrá seguir contando con ellos. Ese estado de inseguridad le impide emprender nuevas inversiones o aumentar su cabaña pues sabe que la base territorial que un momento determinado gestiona puede ser efímera y sin otra posibilidad de reemplazo. Por su parte el propietario quiere mantener sus tierras lo más exentas posible de cualquier servidumbre, ya que prefiere tener las manos libres para poder optar a su venta en un momento propicio o para transmitirla a sus hijos si así lo considera.

Este sistema, aunque precario e insatisfactorio para las granjas ganaderas que se mantienen, es positivo desde el punto de vista medioambiental y paisajístico pues permite conservar viva y funcional la campiña de estos valles. Sin embargo existen síntomas que incitan a predecir un futuro más problemático para dicha conservación. La intensificación de la gestión está llevando a algunos ganaderos a contratar a empresas industriales externas la dieta alimenticia de su ganado. Las mayores inversiones que esto supone se ven compensadas por una disminución del tiempo de trabajo, necesidad acuciante en una situación de escasez de mano de obra agraria. Esto repercute en el progresivo desligamiento de la tierra por parte de la explotación. Hay caseríos a los que ya no les interesa el sistema de

garbitze alde por tener solucionado el problema del pienso del ganado desde el exterior. Si este nuevo sistema se expande, eso significaría que se llegaría a producir un vuelco cualitativo en las relaciones empresa agraria-tierra: de un estado de carencia se pasaría a otro de abandono de tierras. Aparecerían praderíos incultos, abiertos a la invasión de la maleza que provocaría un empobrecimiento del paisaje y de la biodiversidad. Si hemos adoptado un tono condicional para este proceso se debe a que nuevos factores que han entrado en juego pueden operar en dirección opuesta. Es el caso de los cada vez más alarmantes problemas que afectan a la seguridad alimentaria, representados en las nefastas secuelas de la encefalopatía espongiforme bovina. Los ganaderos pueden verse obligados a una vuelta a sistemas más extensivos y a un mejor aprovechamiento de los piensos naturales de su entorno.

A causa de la pequeña extensión de estas explotaciones, la sociedad campesina se vio obligada a disponer de instituciones que garantizaran la integridad de la hacienda con el fin de preservar su entidad territorial como unidad mínima de producción que permitiese la reproducción familiar. Al igual que en otras áreas de montaña tal institución ha sido la del mayorazgo. La libertad de testar suponía que los padres transmitían el caserío a uno de los hijos o hijas, generalmente el hijo varón mayor, debiendo los demás buscarse su medio de vida fuera de la explotación o permaneciendo en el caserío como ayuda familiar en el caso de algunos hermanos solteros. Conforme el caserío va aminorando o perdiendo su función productiva la institución del mayorazgo deja de tener sentido. En estos momentos el caserío con sus tierras se aprecia más como inversión inmobiliaria, espacio que puede venderse para usos urbanos, y como lugar idóneo de residencia primaria o secundaria que por su valor productivo agrario (Villa, 1999). En estas circunstancias legar todo ese patrimonio, potencialmente al menos muy rentable en muchos casos, a un solo hijo resulta injusto e inaceptable no sólo por parte de los propios hijos sino también por parte de los padres, conscientes de la pérdida de valor productivo de su explotación. Este hecho supone la desvertebración definitiva del caserío como unidad, desvertebración que además adopta el carácter de irreversible.

4. Componentes sociales internos y agentes de decisión

Si como hemos visto existe un elevado número de factores económicos, sociales, políticos y de otro tipo, al final ¿cómo se adoptan las decisiones fundamentales que afectan a la explotación, en particular la más importante de todas, la que afecta a su continuidad o abandono, y quién las adopta? La respuesta a esta pregunta se debe buscar en lo que se ha denominado «proyecto reproductivo» (Mauleón, 1998). Este proyecto, que engloba tanto los aspectos productivos y económicos como los relacionados con la continuidad familiar y su bienestar general, lo gestiona el conjunto del grupo doméstico (Long, 1997). Hay que recordar que el caserío se ha fundamentado siempre en la acumulación de trabajo familiar, por lo que es imprescindible conocer los planes de futuro de sus miembros para poder decidir. Por otro lado existe una jerarquía en el poder decisorio, al igual que también se da en la cantidad de trabajo aportado (Little and Jones, 2000). En el primer rango se encuentra el matrimonio mayor junto con el sucesor, si existe, y en segundo lugar otros familiares residentes que ayudan en la explotación en mayor o menor grado aunque tengan otra ocupación ajena a la misma.

El proyecto reproductivo puede realizarse dentro de la explotación, situación que supone la existencia de un sucesor, fuera de ella si no existe o puede adoptarse una decisión intermedia, como es la agricultura a tiempo parcial (Etxezarreta, 1985). Asimismo la composición de la propia familia influye en las decisiones sobre nuevas iniciativas de

inversión, modernización, crecimiento de la capacidad productiva, etc., en relación con la disponibilidad de mano de obra.

Lo que en definitiva inclina la balanza decisoria en un sentido u otro es el consenso familiar acerca del proyecto a seguir. Y dentro de este contexto el elemento esencial lo constituye la presencia de un sucesor, de algún hijo que decida continuar con la explotación como su medio de vida. Y esta resulta ser la clave de la cuestión de la pervivencia del caserío: el elemento humano. Las encuestas sobre el terreno realizadas por diversos investigadores indican con claridad que la mayoría de los caseríos no cuentan con un sucesor (Ainz, 2001). J. C. Alberdi (2001) establece que para la comarca de San Sebastián el número de caseríos actuales que sí lo tiene ronda el porcentaje del 10%. Esta cifra pone en evidencia un hecho irreversible: en pocos años la gran mayoría de los caseríos que todavía persisten desaparecerán. Y es un hecho perfectamente explicable. Las decisiones se basan en evaluaciones subjetivas que emplean criterios personales en su elaboración. Teniendo en cuenta los factores que se han ido examinando en este artículo se precisa mucha vocación para que un joven decida continuar con la explotación familiar.

5. Conclusiones

La evolución reciente del caserío vasco y su previsible evolución futura sirven de constatación de los efectos que la globalización y la liberalización de la economía de mercado ejercen sobre determinado tipo de explotaciones agrarias europeas. En concreto sobre pequeñas explotaciones familiares en áreas de montaña. Y el efecto no es otro que su desaparición. Diversidad de factores se conjugan para conseguir de una manera indirecta ese resultado.

El entorno económico de la economía de mercado exige un elevado grado de competitividad a través de la especialización y la productividad a bajo coste. En explotaciones como la que comentamos esta pulsión queda en gran parte estancada por una serie de motivos: la reducida base territorial, escasez de mano de obra y la insuficiencia de inversiones que resultan más rentables en otros sectores económicos. Se intenta paliar estas carencias estructurales y financieras recurriendo a otro tipo de adaptaciones como la sustitución del ganado de leche por otro de carne, menos exigente en tiempo de trabajo y más extensivo en su gestión, o la pluriactividad. Se comprueba en los análisis de campo que estas estrategias no son al final otra cosa que antecelas del abandono de la actividad agraria.

Las políticas agrarias de las administraciones europeas también colaboran a esta deserción. A pesar de que en las declaraciones de intenciones siempre se prioriza y se pretende proteger el modelo europeo de agricultura y la plurifuncionalidad, lo cierto es que las políticas de mercado constituyen el eje esencial de su actuación. En ellas se enfatiza la necesidad de ser competitivos, lo que deja fuera a un gran número de pequeñas explotaciones.

El entorno social cobra una importancia decisiva. Los hijos de los jefes de explotación actuales se han formado y vivido dentro de pautas de referencia, modos de vida y relación y de una escala de valores de carácter urbano. En este sentido hay que recordar que el sistema de asentamientos del País Vasco atlántico se estructura en forma de área urbana o ciudad difusa, de modo que las distancias entre núcleos urbanos y granjas rurales son muy pequeñas. Las desventajas comparativas que observan los jóvenes respecto a la disponibilidad de tiempo de ocio, relación de sexos o reconocimiento social entre el medio agrario y el urbano son decisivas a la hora de optar o no por la continuidad.

En un territorio con severas restricciones impuestas por un tortuoso relieve la base territorial de las explotaciones pasa a figurar como un elemento crucial. El escaso suelo

aprovechable es apetecido por numerosos pretendientes, infraestructuras de transporte, áreas residenciales, industria, grandes superficies comerciales, equipamientos, etc. (Stockdale, Findlay, Short, 2000). En esta rivalidad controvertida los intereses agrarios tienen todas las de perder. La propia planificación territorial contribuye a la erradicación del espacio agrario, sobre todo de los enclaves de mayor potencialidad productiva, al favorecer a una demanda urbana socialmente mayoritaria (Kayser, 1995).

Ante esta presión sobre el espacio agrario los agricultores se encuentran sin alternativas dado que la tierra está retenida por sus propietarios, fuera de los circuitos de mercado, a la espera de una rentabilidad superior en un futuro más o menos cercano cuando pase a ser reclamada para su urbanización. En todo caso su precio queda muy por encima de las posibilidades de los agricultores y de la rentabilidad que con una actividad agraria pueda obtenerse. Otros sistemas alternativos, como el *garbitze alde* (cesión oral y gratuita de los prados para su limpieza), han demostrado su precariedad debido a su limitada vigencia y su incapacidad para asegurar una ampliación estable de la base territorial que permita una potenciación de la capacidad productiva de la explotación.

Otro elemento de particular relevancia es la progresiva desaparición de la figura del heredero único, institución garante de la permanencia del caserío como unidad productiva. Al perder el caserío su función económica de producción, la herencia se reparte entre los hijos como parece más justo dado el valor que dichas tierras pueden poseer en un mercado urbano y la aspiración de los demás herederos de poseer tierra en la que edificar su residencia primaria o secundaria.

A la hora de decidir si la explotación va a mantenerse cobra una importancia clave el tipo de familia y el consenso que determine sobre la forma de realizar el proyecto reproductivo. En esa decisión el punto clave es la existencia o no de sucesor. En los próximos años un elevado número de caseríos desaparecerán por falta de relevo generacional. Es decir que no basta que la explotación sea viable (factor económico) para asegurar su continuidad. Las decisiones que se adoptan giran en torno a la reproducción del grupo doméstico más que a la reproducción de la explotación. Y en esas decisiones pesan más los componentes sociales que los económicos.

El final del caserío vasco no supone la desaparición física del mismo sino su transformación en dos tipos muy diferentes entre sí: la granja modernizada, similar a otras existentes en otras regiones y sin los distintivos propios del caserío, y el caserío-vivienda en el que no existe la actividad agropecuaria o esta queda limitada a mero hobby. Las primeras serán muy minoritarias respecto a los segundos que caracterizarán las laderas de las montañas de los valles atlánticos del País Vasco.

Bibliografía

- AINZ IBARRONDO, M. J. (2001): *El caserío vasco en el país de las industrias*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- ALBERDI, J. C. (2001): *De caserío agrícola a vivienda rural: Evolución de la función agraria en la comarca de Donostia-San Sebastián*. Gobierno Vasco, Departamento de Agricultura y Pesca, Vitoria-Gasteiz.
- BONTRON, J. C. (dir.) (1994): *Entre la ville et la campagne. Les espaces de périurbanisation*. Ministère de l'Agriculture et de la Pêche, Paris.
- BOWLER, I. (1999): «Modelling farm diversification in regions using expert and decision support systems». *Journal of Rural Studies*, 15 (3) pp. 297-305.
- DAHMS, F., MC COMB, J. (1999): «'Counterurbanization', interaction and functional change in a rural amenity area: a Canadian example». *Journal of Rural Studies*, 15 (2) pp. 129-146.
- ETXEZARRETA, M. (1977): *El caserío vasco*. Elexpuru, Zamudio (Bizkaia).

- ETXEZARRETA, M. (1985): *La agricultura insuficiente: la agricultura a tiempo parcial en España*. Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios, M.A.P.A., Madrid.
- HALFACREE, K. (1999): «A new space or spatial effacement? Alternative futures for the postproductivist countryside» en Walford, N., Everitt, J. C., Napton, D. E.: *Reshaping the countryside: Perceptions and processes of rural change*, Cabi Publishing, New York, pp. 67-76.
- KAYSER, B. (1995): «The Future of the Countryside» en Van der Ploeg, J. D., Van Dijk (eds.): *Beyond Modernization. The Impact of Endogeneous Rural Development*. Van Gorcum, Assen, pp. 179-190.
- KINSELLA, J. et al. (2000): «Pluriactivity as a livelihood strategy in Irish farm households and its role in rural development». *Sociologia Ruralis*, 40 (4) pp. 481-496.
- LÉFÈBVRE, TH. (1933): *Les modes de vie dans les Pyrénées atlantiques orientales*. Armand Colin, Paris.
- LITTLE, J., JONES, O. (2000): «Masculinity, gender, and rural policy». *Rural Sociology*, 65 (4) pp. 621-639.
- LONG, N. (1997): «Agency and Constraint, Perceptions and Practices. A Theoretical Position» en Haan, H. de, Long, N. (eds): *Images and realities of rural life*. Wageningen Perspectives on Rural Transformations, Van Gorcum, Assen, pp. 1-20.
- MAULEÓN, J.R. (1998): *Estrategias familiares y cambios productivos del caserío vasco*. Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz.
- STOCKDALE, A., FINDLAY, A., SHORT, D. (2000): «The repopulation of rural Scotland: opportunity and threat. *Journal of Rural Studies*», 16 (2) pp. 243-257.
- VAN DER BROEK, H. P. (1998): *Labour, networks and lifestyles. Survival and succession strategies of farm households in the Basque Country*. University of Wageningen, Wageningen.
- VAN DER PLAS, L., FONTE, M. (eds.) (1994): *Rural gender studies in Europe*. Van Gorcum, Assen.
- VAN DER PLOEG, J. D., RENTING, H. (2000): «Impact and potencial. A comparative review of European rural development practices», *Sociologia Ruralis* 40 (4) pp. 529-543.
- VILLA, M. (1999): «Born to be farmers? Changing expectations in Norwegian farmer's life courses». *Sociologia Ruralis*, 39 (3) pp. 328-342.

